

## ¿El fin del Derecho Internacional?

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

Resuenan aún con fuerza las palabras de la presidenta de la Comisión Europea, Úrsula von der Leyen, del 9 de marzo sobre el hecho de que “Europa ya no puede ser la guardiana del antiguo orden mundial”, porque éste no volverá. Es curioso que esta afirmación la hiciera delante de los embajadores de la UE en el resto del mundo, extralimitándose manifiestamente en sus funciones. Debido a que la política exterior no forma parte de las mismas. En cualquier caso, una aseveración de estas características va diametralmente en contra de la propia UE, como bien lo ha recordado el presidente del Consejo, António Costa, enmendándole la plana. Ahondando en dicha frase, la política alemana añadió: “defenderemos y sostendremos el sistema basado en reglas que ayudamos a construir con nuestros aliados”. Si bien, según ella, no se puede confiar en él como la única forma de defender nuestros intereses ni asumir que sus normas nos protegerán de las posibles amenazas. Por eso, concluía con la necesidad de construir un camino propio europeo, buscando fórmulas de cooperar con los socios. Desde luego, hay una parte de razón en lo que ha dicho Von der Leyen, algo en lo que coincide con autores como Glenn Diesen, por ejemplo. El problema radica en que, por un lado, parece estar avalando la ley darwinista del más fuerte y, por otro, que con ello deslegitima todo el entramado institucional diseñado a partir de la Segunda Guerra Mundial.

En efecto, en el último tercio del siglo XIX, cuando no existían los organismos transnacionales, las grandes potencias europeas, encabezadas por la Alemania de Bismarck, concedieron al Reino Unido el papel de “árbitro informal”, en la medida en que los británicos no tenían intereses propiamente continentales, a excepción de Gibraltar. Después de la Gran Guerra, sin embargo, el presidente norteamericano Wilson tuvo la idea de crear una Sociedad de Naciones para evitar futuras disputas entre los diferentes países. Esta idea, que se plasmó en Tratado de Versalles de 1919, no fue asumida por los Estados Unidos dado que entonces apostaron por el aislacionismo. Lo cierto es, no obstante, que dicha Sociedad, sin instrumento de coerción alguno, fue un fracaso y no pudo evitar el estallido de la Segunda Guerra Mundial. A su conclusión, la Conferencia de San Francisco alumbró la actual Organización de las Naciones Unidas, que, pese a sus enormes deficiencias, sigue encarnando hoy en día la legalidad internacional. De hecho, junto a los acuerdos de Bretton Woods, constituye la base de ese orden mundial que Von der Leyen dio por finiquitado. Incluso, a nivel regional, habría que mencionar a las propias comunidades europeas, que surgieron por motivos económicos (CEE, CECA y Euratom), aunque también políticos, con el objetivo de paliar el enfrentamiento secular entre franceses y alemanes.

Es evidente que el sistema está en crisis, pero es necesario ir a la raíz de la misma. Y está claro que la misma tiene nombres propios: Trump, Netanyahu y Putin. Son ellos los responsables de haber puesto patas arriba el orden mundial y de estar alterando en beneficio propio el tablero de juego internacional. En la medida en que Von der Leyen cuestiona el Derecho Internacional, está dando vía libre a todo acto de fuerza. Lo vimos en su visita vergonzante a Netanyahu tras el atentado del 7 de octubre de 2023, cuando le dio su plácet para machacar la Franja de Gaza. Y en estos momentos lo hace alineándose con Trump al señalar que “no debe derramarse ninguna lágrima por el régimen iraní”. Con estas palabras lo que está avalando es una guerra ilegal, tanto desde la legalidad estadounidense, como de la internacional. Al tiempo que está

demostrando su incompetencia. ¿Qué hizo la Unión Europea para frenar la masacre de Gaza? ¿Qué está haciendo para detener la conflagración en Oriente Próximo? O peor aún, ¿qué plan de paz ha presentado para terminar con el conflicto entre Rusia y Ucrania? Ninguno. Mas con sus palabras Putin debe estar frotándose las manos, ya que ahora su “operación especial” no sería una ilegalidad, sino, en palabras de Von der Leyen, una realidad del “mundo tal como es hoy”. ¿Con qué cara, pues, nos puede pedir a los contribuyentes europeos que sigamos financiando la ayuda a Ucrania?

La Comisión Europea presidida por Von der Leyen es incapaz de alzarse con una voz propia en el mundo porque sólo sabe hacer seguidismo de un Trump desaforado y que, en el fondo, busca acabar con el club comunitario. La alemana habla de socios. ¿De qué socios? ¿De quien te pretende subir los aranceles, de quien te quiere arrebatarse Groenlandia, de quien apoya a partidos contrarios a muchos de los valores europeos? ¿O quizás tampoco debemos hablar de esos valores que conformaron la doctrina de los padres fundadores de la posguerra? Esto es lo que pareció insinuar en su malhadado discurso Von der Leyen, quien, en mi opinión, ni está a la altura de las circunstancias, ni se le espera. Pese a haber rectificado posteriormente, sí parece asomarse una certidumbre palmaria: su incapacidad para dirigir la UE.

11 de marzo de 2026

Publicado en *El Diario Vasco*, 18 de marzo de 2026, p. 21